

LA PLAZA DE COLÓN

Para verla, hay que ir al Parque del Oeste. Un verdor, el Parque, muy transitado, y poco a poco saqueado en bien... ¿de qué o de quién? Pero tiene todavía espacios del todo entregados al noble mundo vegetal. Uno es la Rosaleda. En invierno, los rosales están tristes. No les viene mal a los rosales el frío intenso. Entre los rosales, las albercas del todo cuajadas; su hielo, color nube ciudad. Y, al fondo del espacioso mundo de los rosales, lo que la imaginación desearía fuesen invernaderos fragantes. Sin embargo, son dos pabelloncitos glaciales, en los que los vegetales que se exhiben ya fueron prensados —corchos, papeles, material idóneo para planos y maquetas. Lo importante, claro está, no son ahora los materiales utilizados por las maquetas, sino las ideas que ellas ofrecen.

Concurso de ideas para la ordenación de Colón.

Hay dos proyectos premiados. Hay muchos menos premiados, y los más carecen de mención alguna: los señala un número.

Hace frío. Hace triste frío, a pesar de los jóvenes visitantes que discuten en torno a cada proyecto, porque a la hora de proyectar lo que pueda hacerse con un trozo extenso, central, disponible de Madrid... Hace falta que seamos sincerísimos: tenemos el Madrid que merecemos, y diríase que no queremos tener otro, sino de boquilla. Sin duda, unos cuantos soñamos un Madrid distinto, pero ninguno somos técnicos en urbanismo, ni en arquitecturas, ni sabemos las técnicas ingenieriles que requiere la puesta a punto de una ciudad moderna para su funcionamiento.

Ante todo, y puesto que el Concurso al parecer era de ideas, hubiera convenido aclarar previamente unas cuantas. La idea de un jardín, la idea de un monumento, la idea de un lazo de vías urbanas, la idea de la necesidad de respiraciones que tiene el hombre, etcétera. Estas ideas no parecen surgir entre nosotros con la claridad requerida. Parece que hayamos perdido el hábito de precisar conceptos, de precisar palabras. Y mucho temo que ello se traduzca en el lenguaje del que se sirven algunos nuevos arquitectos hoy, aquí y fuera de aquí. Un lenguaje que no sólo a mí me sorprende sino también a un caballero del ramo, al arquitecto Miguel Durán-Loriga. Y este carga de peso mi preocupación.

Vengamos a los proyectos presentados en el caso Colón.

Sobre Colón, con la estatua de Colón, con las vías que arrancan, cruzan, mueren en Colón se han hecho maravillas. Hasta tomar partido rotundo en cuanto al lugar del nacimiento del Almirante, navegante impar, y pretender que se le quite su nombre a la calle de Génova, que por ser su patria aquella ciudad, así se nombra... Ante esta situación, y otras anteriores y aún más graves, he ido forjándome la idea de que los hombres de la Luna deben tener un fuerte "complejo colombino", porque bien mirado, ¿hay más dificultosa situación ni más complicada vida y pervivencia, que la de Cristóbal Colón, el descubridor? Colón crea conflictos hasta convertido en monumento nacional y encaramado a una columna. Y véase lo que se ha ideado para mejorar —dicen que para mejorar— la posición colombina en la ciudad de Madrid, y se me dará la razón.

Como se sabe, y se ha visto, los proyectos de Colón-Espacio tratan de dar una solución al nudo circulatorio del citado lugar, hallar un lugar adecuado para el Monumento notorio, y satisfacer esa necesidad de verdura que la ciudad manifiesta. Se dice que para respirar. Pero como yo he comprobado por pasos andados, pasos y pasos dados por mí, durante años y años, el Espacio disponible no da para tantas cosas. Y, así, es manifiesto que las lazadas de las vías minimizan a Colón, y reducen a bien poco la anhelada verdura.

Y puesto que la cuestión verdura prima, inquiero qué cosa sea un jardín. Y parece ser un recinto proporcionado respecto del entorno en donde surge, y con proporción interna en sí mismo. Ahora bien, a fuerza de buenas proporciones, el recinto del nuevo Colón sólo sirve, después de autopistado, para jardinillos. Pero ¿acaso no cabría en ese espacio un jardín japonés —pedregal interior rimado? Cabría. Naturalmente, sólo un japonés artista es capaz de trazar estos jardines llenos de alusiones, significantes de muchas cosas por ellos sentidas y para nosotros no ajenas. Con todo, fuerza es rendirse a la evidencia de que los espacios verdes posibles en la manzana Colón-Serrano no dan para jardín, y más valdría contentarse con un monumento separado del tráfico por jardinillos —el espacio requerido para que los

aficionados al recuerdo fotográfico no pierdan sus cámaras, ni se jueguen la vida, como les acontece jugársela en Cibeles.

Vistas las maquetas premiadas y las sin premiar, colijo que el nuevo Colón tendrá la virtud de complicar un poquito más todavía la situación urbana. Complicadísimas vías de circulación, mareadoras para quienes se lancen a transitar por el supuesto jardín, jardín coartado, restringido.

Sin duda, habrá estatuas nuevas en Colón, ofrenda a Colón. Y siempre es satisfactorio poder encontrarse en medio de un recorrido urbano con una auténtica creación de arte. Tal son las obras de Alberto, Calder, Miró, Oteiza, Picasso... previstas en Colón. Pero fuerza es reconocer que estas estatuas, o creaciones plásticas para hablar con mayor exactitud, no se conjuntarán debidamente con el viejo y familiar Colón. Y lo digo, porque la experiencia está hecha ya. Todo el que haya salido por la puerta principal del Museo de Philadelphia —Museo de Arte— ha visto reunidos en su campo visual la obra de tres generaciones de artistas, de una misma familia: los Calder. Y se comprende que nieto y abuelo, hijos y padres respectivos se entenderían muy bien entre sí —si es que se entendieron y coincidieron en el tiempo— por razones humanas, pero no por líneas medidas, por relaciones y valores de Arte. Las tres generaciones, vistas en ristra, no se revaloran entre sí; antes acontece todo lo contrario. Es ridícula la estatua de Mr. Penn, o lo es el móvil del nieto, según se considere la situación...

Colón —la manzana— sólo podría ser un jardín razonable si la extensión total del terreno se dedica a jardín y a nada más que jardín. Jardín de personas a pie. Jardín al que no tengan acceso más ruedas que las de los cochecillos de niños, o las de los primeros triciclos. Que el solar no puede ser ya sólo jardín, lo dicen con voz alzada y construida los edificios que flanquean la entrada de la calle de Génova —colmenares que habitarán miles de personas en función de sus quehaceres y trabajos justos.

Revisemos durante un instante los datos iniciales del problema. En Colón, parece ser, se quiere un jardín. En la ciudad se piden jardines habida cuenta de una función humana: la respiración pulmonar. Sin embargo, yo creo que

un habitante de ciudad capital, siglo XX ya avanzado, tiene que preocuparse de respirar cerebralmente tanto como de respirar pulmonariamente. Y ese jardín idóneo para la respiración intelectual debe construirse en Colón.

Me explico:

El espacio disponible en la manzana Serrano-Colón, una vez construida la lazada circulatoria —que parece forzosa, una vez excavado el aparcamiento— que también parece forzoso, es insignificante para convertirlo en jardín ciudadano, pero es suficiente para construir una espléndida Biblioteca, conectada con la Nacional, que necesita extenderse en nuestro tiempo, y que rebosa los límites y las posibilidades de su entrañable edificio. Uno de los tesoros de Madrid: ese edificio de la Nacional. Por eso debe ser auxiliado, para que no se extenúe a fuerza de obras y obras. En el solar sabido vendría como anillo al dedo anular un edificio de Biblioteca moderno —insonorizado— con una sección de microfilmes y otra de grabaciones, y las correspondientes cabinas de trabajo. Un edificio de pocas plantas y bien distribuido, muy bello y muy cómodo. Ese es el parque, el jardín que ofrecerá el aire intelectual que Madrid necesita con urgencia, con tanta urgencia como el otro aire de los parques verdes. Este es el monumento oportuno y pertinente en nuestro tiempo para honrar a Colón, al inteligente navegante, a la civilización que España puso en planta en el Nuevo Mundo. En ese edificio debería aposentarse —fotocopiado— el Archivo de Indias de Sevilla, porque si un día se quema o anega, ¿dónde lo iremos a buscar? Y el Archivo de Simancas. Y los tesoros de la Biblioteca Real de San Lorenzo —El Escorial. Y de muchas Catedrales, y de... de todas esas Bibliotecas y Archivos únicos, tesoros que no están valorados y que lo son —hágase la prueba vendiendo un documento, siquiera uno, en Sotheby, puesto que sólo convertido en cifra parece que se aprecia el valor de nuestras cosas por los más de entre nosotros. Debería haber micros de todos esos tesoros concentrados en Madrid, en un edificio adecuado, especialmente fabricado para su función. Y ese edificio tiene su sitio frontero a la Nacional entrañable y magnífica, donde se han quedado los agujeros de tantos codos de nuestros chalecos —unos nacionales, otros ingleses, otros...

Desde luego, por supuesto, sin duda, naturalmente, claro está que para tal edificio falta el dinero necesario. Y es inútil excavar en el solar donde estuvo la Casa de la Moneda, ¡ni raicilla hay que vaya a crecer en lingote acuñable!

¿No es un poco deprimente tan usual falta de dinero? Bien sabemos todos que bastaría con renunciar a ciertos lujos espectaculares para

que Madrid pudiera permitirse el satisfacer necesidades vitales suyas y del país entero. Lo es que la inteligencia respire y esté en forma. Y sólo mediante su adecuado ejercicio respiran las inteligencias. A mí no me parece lujo respirar del todo. Creo que a nadie debe parecérselo el que las inteligencias funcionen a pleno pulmón, a todo ejercicio.

Insisto. En lugar de muchas pequeñas cosas en el lugar famoso, ¿por qué no ese edificio extenso y no alto, destinado a Biblioteca actual, donde los madrileños y quienes a Madrid lleguen dispongan de los documentos, de los libros, de los sonidos, de las imágenes maravillosas que archivan en muchos lugares y

que es posible salvar de un peligro de muerte, por accidente, si los tenemos reproducimos como le es dado hacerlo a la técnica moderna?

Nadie crea que yo ignoro los sacrificios grandísimos exigidos por una Biblioteca, porque los conozco bien. Sacrificios que agujerean no sólo los chalecos sino los cuerpos que los visten. Pero aseguro que son sacrificios siempre compensados con creces. Yo pido para Madrid, una ampliación, en edificio aparte y frontero, de la Biblioteca Nacional. Y no pido ningún ocioso lujo. Aire para los pulmones de las cabezas que piensan, que no son pocas y pronto contagiarán a las demás, por dicha grande.

